

XVIII

Juan Pablo II

En 1978, Karol Josef Wojtyła, fue elegido Papa y tomó el nombre de Juan Pablo II. Ha sido una de las figuras públicas más importantes de siglo XX y de lo que llevamos del XXI, pues, aunque su vida se desarrolló principalmente durante la pasada centuria, murió en el año 2005. Como botón de muestra que ilustre el grado de prestigio internacional que ya alcanzó en vida, valgan las palabras que pronunció el último presidente de la extinta Unión Soviética, el ruso Mijaíl Gorbachov, cuando se refirió a él como «la autoridad moral más importante del mundo».

Wojtyła nació el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, una pequeña villa situada a las afueras de Polonia, en una familia de hondo sentimiento católico. Desde bien pronto conocería el sufrimiento, con la muerte de su madre en 1929 y de su hermano mayor, tres años después.

Tras concluir la enseñanza secundaria en Wadowice, se trasladó junto con su padre, suboficial del ejército, a Cracovia, para comenzar allí sus estudios de filología en la Universidad Jagellónica y de arte dramático en una escuela de teatro de la capital. La elección de la carrera parece natural en alguien que siempre se mantuvo convencido del poder de la palabra y del poder multiplicador de los gestos —del ejemplo—, que siempre han de acompañarla.

El primero de septiembre de 1939 la locura totalitaria nazi invade Polonia, dando comienzo a la Segunda Guerra Mundial. Fueron años extremadamente duros para todos los polacos, también para Karol. Su padre fallece en 1941 y él se ve obligado a trabajar en una fábrica de productos químicos, así como en una cantera. Sin embargo, aquellos años también fueron fructíferos. El joven Karol se sumergiría en la lectura de los místicos españoles, principalmente San Juan de la

Cruz y Santa Teresa de Jesús, muchas veces con la complicidad de sus compañeros de trabajo, que le animaban a profundizar en sus lecturas. También colabora con la resistencia polaca, ayudando a salvar a familias judías, llegando incluso a estar fichado por la Gestapo. Durante aquellos años se va perfilando su vocación sacerdotal; en 1943 entra en el seminario de Cracovia, por entonces clandestino, y asimismo inicia los estudios de teología, siendo ordenado sacerdote en 1946. Durante los dos años siguientes se traslada a Roma para investigar y escribir en la Ciudad Eterna su tesis doctoral sobre San Juan de la Cruz.

Volvió a Cracovia en 1948 para desarrollar una intensa actividad pastoral y educativa, como sacerdote y capellán universitario —cosechando ya por entonces una gran popularidad entre los jóvenes estudiantes— y como profesor de teología en la Universidad Jagellónica, la misma en la que antes había sido alumno. Más adelante, en 1953, pasará a impartir clases de teología moral y ética social en el seminario de Cracovia, y en 1954 será nombrado catedrático de ética en la Universidad Católica de Lublin. En 1958 el papa Pío XII le nombra obispo auxiliar de Cracovia.

El Concilio Vaticano II comienza en 1962, y Wojtyla, por entonces un joven y desconocido prelado polaco, se hace notar por sus atinadas y, para aquellos tiempos, avanzadas observaciones teológicas y pastorales. Aquel mismo año, en 1962, es nombrado arzobispo de Cracovia por Pablo VI y cuatro años más tarde, en 1967, es nombrado cardenal. Es necesario resaltar cómo durante todos sus largos años de labor sacerdotal en Polonia, primero como simple sacerdote y más tarde como obispo y arzobispo, Karol Wojtyla fue incansable en su defensa de los derechos humanos y de la libertad del pueblo polaco, al punto que durante más de veinte años se vio sometido a la implacable vigilancia de los servicios secretos del régimen comunista, cuyo líder en los últimos años fue el general Wojciech Witold Jaruzelski y, por supuesto, del KGB. En gran parte fue labor personal suya que la Iglesia se convirtiera en el activo núcleo de la resistencia —no sólo espiritual, sino también cívica— al totalitarismo marxista que mantuvo invadida y subyugada a su amada patria polaca por más de cuarenta años.

En 1978, tras el corto reinado de treinta y tres días de Juan Pablo I, Wojtyla es elegido Papa, y asume el nombre de su predecesor. Resulta poco menos que imposible resumir el que ha sido uno de los pontificados más largos, complejos y fructíferos de la Iglesia católica. Juan

Pablo II llegó al solio pontificio batiendo récords; fue el primer Papa no italiano en cuatro siglos y, con cincuenta y ocho años, el Papa más joven del siglo XX en asumir al cargo. Esta tendencia a superar todas las marcas (en número de viajes apostólicos, en número de santos y beatos proclamados, en ser el primer Papa en poner los pies en una sinagoga o en una mezquita) la mantuvo hasta el final; su pontificado, de casi veintisiete años de duración, ha sido el tercero más largo en dos mil años de historia y uno de los que más repercusión han tenido, no sólo dentro de la Iglesia católica, sino para el conjunto de la humanidad. Por ejemplo, hoy en día resulta incuestionable el papel fundamental que desempeñó el Papa Wojtyla en la caída del Telón de Acero.

Por ello, dada la inmensidad biográfica de Juan Pablo II, quizás lo mejor sea que nos centremos en la nueva relación que Wojtyla planteó entre el cristianismo y el judaísmo, pues éste es en definitiva el tema subyacente al discurso sobre la Shoah que pronunció en su viaje a Tierra Santa. Como ya dijimos más arriba, Wojtyla fue el primer Papa en poner los pies de manera oficial en un templo judío, en 1986 en la Gran Sinagoga de Roma. Fue allí justamente cuando se refirió a los hebreos como: «Nuestros hermanos y, en cierto modo, podría decir que sois nuestros hermanos mayores en la fe». Más adelante, en 1994, entabló plenas relaciones diplomáticas entre el Estado Vaticano y el israelí para finalmente, ya durante su viaje a Israel en aquel simbólico año 2000, mostrar su profunda tristeza por los odiosos actos de persecución y las muestras de antisemitismo dirigidas por los cristianos en contra de los judíos en todo tiempo y lugar. El objetivo último de Juan Pablo II fue doble: promover el auténtico diálogo interreligioso y afianzar las raíces de la paz verdadera, especialmente en una región tan castigada por la violencia como Oriente Próximo.

Tal vez todos los gestos y palabras de Juan Pablo II no cayeron en saco roto, pues en su funeral se produjo un hecho ciertamente insólito: durante la Misa de cuerpo presente —oficiada por el entonces cardenal Ratzinger— y celebrada en la Plaza de San Pedro, a la que asistieron multitud de primeras figuras de la política internacional, los mandatarios de Irán, Siria e Israel se saludaron entre sí. Un gesto tímido, sí, pero que nos deja un resquicio para la esperanza.



DISCURSO DE JUAN PABLO II
 EN EL MEMORIAL DEL HOLOCAUSTO DE ISRAEL
 23 de marzo de 2000

Brotan de nuestros corazones las palabras del antiguo Salmo: «He llegado a ser como una vasija rota. Oigo el susurro de muchos —terror por todos lados— que conspiran contra mí y planean matarme. Pero confío en ti, Señor. Yo digo: tú eres mi Dios».

En este lugar de recuerdos, la mente, el alma y el corazón sienten una absoluta necesidad de silencio. Silencio en el que tratar de encontrar algún sentido a los recuerdos que nos inundan de nuevo. Silencio porque las palabras carecen de la fuerza necesaria para deplorar la terrible tragedia de Shoah.

Mis propios recuerdos personales son de todo lo que ocurrió cuando los nazis invadieron Polonia durante la guerra. Recuerdo a mis amigos y vecinos judíos, algunos de los cuales perecieron mientras otros lograron sobrevivir. He venido a Yad Vashem para rendir homenaje a los millones de judíos que, despojados de todo, especialmente de su dignidad humana, fueron asesinados en el Holocausto. Ha pasado más de medio siglo pero los recuerdos permanecen.

Aquí, como en Auschwitz y en muchos otros lugares de Europa, estamos desbordados por el eco de los lamentos de tantos corazones dolientes. Hombres, mujeres y niños, nos gritan desde las profundidades del horror que experimentaron. ¿Cómo podríamos dejar de hacer caso a sus gritos? Nadie puede olvidar o ignorar lo que pasó. Nadie puede infravalorar su alcance.

Deseamos recordar. Pero deseamos recordar con un propósito: principalmente asegurar que nunca más prevalecerá el mal, como ocurrió para millones de inocentes víctimas del nazismo.

¿Cómo puede el hombre mostrar tanto desprecio por el hombre? Porque ha llegado al punto del desprecio a Dios. Sólo una ideología sin Dios pudo planear y llevar a cabo el exterminio de todo un pueblo.

El honor concedido a los «simples paganos», «simplemente no judíos» por el Estado de Israel en Yad Vashem por haber actuado heroicamente al salvar judíos, a veces hasta el extremo de entregar sus propias vidas, es un reconocimiento de que ni en los momentos más

oscuros se apagan todas las luces. Por ello, los Salmos y la Biblia en su conjunto, aun siendo muy conscientes de la capacidad humana para el mal, también proclaman que el mal nunca tendrá la última palabra.

Desde las profundidades de la pena y el dolor, el corazón de los creyentes grita: «Confío en ti, Señor. Y digo: Tú eres mi Dios».

Los judíos y los cristianos comparten un inmenso patrimonio espiritual que fluye de la auto-revelación de Dios. Nuestras enseñanzas religiosas y nuestra experiencia espiritual nos piden que vencamos al mal con el bien. Nosotros recordamos, pero sin ningún deseo de venganza; tampoco como incentivo para el odio. Para nosotros, recordar es rezar por la paz, por la justicia, y por nuestro compromiso con su causa. Sólo un mundo en paz, con justicia para todos puede evitar que repitémos los errores y los terribles crímenes del pasado.

Como Obispo de Roma y sucesor de Pedro, el Apóstol, aseguro al pueblo judío que la Iglesia católica, motivada por la ley del amor y la verdad del Evangelio, y ausente de consideración política alguna, está profundamente entristecida por los odiosos actos de persecución, y las muestras de antisemitismo dirigidas por los cristianos en contra de los judíos en todo tiempo y lugar.

La Iglesia rechaza cualquier forma de racismo, que siempre constituye una negación de la imagen del Creador grabada en todo ser humano.

En este lugar de solemne recuerdo, rezo con fervor para que nuestra pena por la tragedia sufrida por el pueblo judío en el siglo XX, nos lleve a una nueva relación entre cristianos y judíos. Construyamos un futuro nuevo en el que no haya más sentimientos antisemitas entre los cristianos, o sentimientos anticristianos entre los judíos, sino un mutuo respeto, necesario para quienes adoran a un único Señor y Creador, y ven en Abraham a nuestro común padre en la fe.

El mundo debe considerar la advertencia que nos llega de las víctimas del Holocausto y del testimonio de los supervivientes. Aquí en Yad Vashem permanece su recuerdo y arde sobre nuestras almas. Nos hace gritar: «Oigo el rumor de muchos —terror por todos lados—. Pero confío en ti, Señor. Y digo: “Tú eres mi Dios”».